

es cedérsela á Francia para que haga de ella lo que quiera. En cuanto á Venecia, todavía la ocupo y no he de abandonar lo que no ha sido conquistado; pero comprendo que son necesarios allí grandes cambios, que realizaré, y bajo mi cetro Venecia no sólo será feliz, sino que se sentirá satisfecha.» Respecto de los puntos secundarios, Francisco José apenas formuló algunas objeciones: no era hostil á una confederación italiana, ni se negaba á unirse con Francia para pedir reformas al Padre Santo; y únicamente exponía algunas dudas acerca de la urgencia de las reformas y acerca de los medios de llevarlas á cabo. Juzgaba oportuna y necesaria una amnistía general; en cambio la idea de un congreso despertó en él cierta repugnancia. Cuidadoso de la defensa de los Estados unidos á él por antiguos tratados de alianza, el soberano austriaco pidió el regreso de los príncipes italianos destituidos, lo cual se estipuló expresamente, á lo menos para el gran duque de Toscana y el duque de Módena. Una sola divergencia importante subsistía entre los dos monarcas, la relativa á Venecia; pero ¿podía Napoleón fijar la suerte de una provincia que no había conquistado, ni siquiera invadido? Por esto cedió en este punto y de este modo llegóse á un acuerdo. Entonces reaparecieron los dos emperadores en la puerta de la casa Morelli, y después de haberse presentado mutuamente los principales personajes de sus séquitos, diéronse las manos y partieron el uno hacia Verona y hacia Valeggio el otro.

Sin embargo, nada de lo convenido se había consignado por escrito, de manera que todo quedaba confiado á la buena fe y á la memoria de los monarcas. Por la tarde redactáronse los preliminares en el cuartel general de Valeggio y el príncipe Napoleón recibió el encargo de llevarlos á Verona, no siendo temerario creer que esta designación desagradó al emperador austriaco, porque el príncipe era yerno de Víctor Manuel y uno de los amigos más entusiastas de Italia. Esto explica que las condiciones fuesen discutidas una á una y con alguna más animación que por la mañana. Francisco José confirmó la cesión de la Lombardía, no al Piamonte, repitió, sino á Francia, exceptuando de ella Peschiera y Mantua, que no habían sido tomadas, ni siquiera sitiadas. El proyecto de Valeggio, al consagrar los derechos de los soberanos de Toscana y Módena, estipulaba que las restauraciones no podrían realizarse por medio de las armas; mas el emperador austriaco no aceptó esta reserva, diciendo: «Esto sería un llamamiento indirecto á la resistencia. Yo puedo, añadió, hacer sacrificios personales; pero ni puedo ni quiero abandonar á mis parientes ni á mis fieles aliados.» ¿Qué resolución se adoptaría respecto del ducado de Parma? El príncipe Napoleón habría deseado que fuese agregado al Piamonte, del que parecía ser natural complemento. La respuesta del monarca no se hizo esperar: «No puedo ceder Estados que no me pertenecen.» En vista de que no podían ponerse de acuerdo, se sorteó el compromiso recurriendo al silencio, resultando de ello una omisión que había de ser vivamente comentada. Cuando todo estuvo terminado, el emperador de Austria firmó los preliminares, no sin cierta emoción: «¡Príncipe, pedid al cielo que no os veáis nunca en la dura necesidad de ceder una de vuestras más hermosas provincias!» Muy pronto, algo más tranquilizados los ánimos, la conver-

sación se hizo más íntima, y Francisco José, después de haberse quejado de Prusia, añadió: «Prefiero ceder ante Napoleón que ante un congreso (1).» Eran las ocho de la noche; el príncipe se despidió de su huésped y á las diez estaba en Valeggio. El emperador salió á recibirle y, sin disimular su alegría, le dió las gracias y aun le besó. La paz estaba hecha.

XII

Es menos difícil llevar á buen término una gran guerra que prestar un servicio á medias. El favorecido, en vez de calcular lo que le han dado, se cree frustrado de todo lo que falta dar. Apenas firmados los preliminares, tuvimos que justificarnos, no ante los austriacos á quienes acabábamos de vencer, sino ante los italianos que habíamos hecho muy mal en no libertar de una vez.

El más irritado fué Cavour.

La suspensión de armas le sorprendió, pero sin concertarlo de pronto. Parecíale imposible que todo se arreglase sin él. Pronto supo la duración del armisticio, y la noticia le produjo una gran turbación; decididamente se trataba de una gran tregua que podía conducir á la paz. En la tarde del 9 de julio recibió una carta de La Mármora, carta que por lo vago de sus términos aumentó sus inquietudes. No pudiendo dominar su impaciencia, marchó al campamento. El 10, al amanecer, se encontraba en Desenzano. De allí un mal coche lo condujo hacia Monzambano, cuartel general de los sardos. El rey se encontraba en la villa Melchiori. El primer ministro se encerró con él. No se tuvo noticia de los detalles de la conferencia, pero se supo que Cavour había osado pedir á su soberano que se negase, dado caso, á una liberación incompleta, que hiciera un llamamiento á toda Italia y se abandonase á su destino. Más tarde, aquel mismo día, el hombre de Estado sardo vió al príncipe Napoleón, pero no al emperador, que se hizo invisible, pues temía los reproches y sobre todo los lazos de Cavour.

Por la noche, á su regreso de Valeggio, el rey dijo á sus ayudantes: «Mañana tendrá efecto la entrevista de los dos emperadores y sabremos á qué atenernos sobre la paz ó la guerra.» Imagínense las emociones de Cavour durante aquel día 11 de julio. Por la tarde trató de ver al príncipe Napoleón; pero éste había marchado á Verona. El emperador persistía en substraerse. Muy entrada la noche se conoció el texto de los preliminares. Sobre la actitud de Cavour en aquella hora decisiva circularon por Italia toda clase de versiones, mezcladas sin duda con exageraciones ó inexactitudes. Se dijo que después de haber empezado á leer el tratado, lo arrojó con violencia sobre la mesa, sin poder concluir su lectura, y presentó la dimisión. El 12 partió para Desenzano y al día siguiente estaba de regreso en Turín, manifestando en todas partes sus quejas y clamando contra lo que él llamaba y se llamó de conformidad con él la gran traición del emperador. Decía que no sólo no era ya presidente del consejo, sino que se haría conspirador antes que contribuir al negocio que acababa de consumarse.

(1) Véase Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, páginas 148-154.

Víctor Manuel fué más dueño de sí mismo que su ministro. A la primera noticia del pacto de Villafranca no pudo reprimir un movimiento de sublevación, y también habló de separar su suerte de la suerte del emperador. Como aquellas quejas no impresionaban á Napoleón, el rey recobró pronto su sangre fría. «¡Pobre Italia!» murmuró. Y después de una pausa añadió con dignidad: «Sea cual fuere la decisión de Vuestra Majestad, quedará siempre vivamente agradecido á lo

que no estaba lejos el día en que había de agrupar todos estos pueblos bajo su cetro. Entonces volvería á contar con su gran ministro. Los italianos habían adivinado esta política y ya decían de Cavour: «Se va, pero lleva una contrasena en el bolsillo.»

Mientras esto ocurría en Valeggio, la noticia del tratado cundía por toda Europa. Una guerra que concluye sin conferencia ni protocolo es como una enfermedad que se cura sin médico. Los mismos diplomáticos que



Entrevista de los dos emperadores en Villafranca

que habéis hecho por la independencia de mi país, y creed que en todas circunstancias podéis contar con mi fidelidad.» Este príncipe, ordinariamente tan brusco, tan entregado á los placeres y tan rebelde á toda sujeción, mostróse en aquella coyuntura más astuto y ladino que el campesino piamontés más taimado. Obligado á aceptar los hechos consumados, cuidó en seguida de estipular en provecho propio lo que él llamaba *la libertad de operar*. Con tal objeto manifestó al emperador, por conducto del general La Mármora, que firmaría los preliminares de paz, pero pedía que se los dejasen firmar con esta reserva: *Apruebo por lo que me concierne*. Napoleón recibió al general con grandes atenciones, y contento de salir del paso á costa de tan poco, autorizó plenamente la restricción solicitada por el rey (1). Víctor Manuel firmó, pues, las estipulaciones que ponían término á la guerra, pero añadió: *Per quanto mi regardano*. Esto quería decir que, respetuoso de los tratados, reservaba los derechos de los modenenses, de los toscanos, de los parmesanos y de los romañoles. Los reservaba, en efecto, y los reservaba de tal modo

(1) Bianchi, *Storia documentata*, págs. 159-160.

habían escatimado su concurso quedaron asombrados y hasta resentidos de que se hubiese prescindido de ellos. Prusia, indecisa durante toda la guerra, se defendía de mal humor contra los reproches del Austria, que censuraba su tibieza, y contra los de Francia, que acusaba sus supuestos proyectos de intervención. Rusia afectó mostrarse indiferente. De todas las potencias, la más sorprendida fué Inglaterra. Esta sólo había satisfecho medianamente á Francia y había ofendido á Austria de un modo cruel con sus simpatías por Italia. Poco tiempo después, el Sr. de Rechberg, que había reemplazado al conde Buol, lo proclamó en voz muy alta. El único consuelo que á Inglaterra le quedaba era el de la crítica. El jefe del *Foreign Office*, lord John Russell, era maestro en el arte. Desmenuzó el tratado y puso de manifiesto, con jovial é implacable malevolencia, todas las causas que le harían caducar en breve. No era sólo despecho; era además pérdida habilidad. ¡Qué revancha para los ministros británicos si, á fuerza de señalar las deficiencias de la obra de Villafranca, se granjeaban exclusivamente la gratitud italiana! ¡Qué gran golpe si por medio de mítins, artículos de periódico y discursos en la Cámara de los Comunes obtenían lo que ya no

lograría obtener el importuno recuerdo de nuestra sangre vertida! Pero de esto se hablará en su tiempo y lugar.

Al emperador no le quedaba más que regresar á Francia. El 12 de julio resignó el mando, salió de Valleggio y llegó á Desenzano, donde hizo alto. En la orilla del lago estaban las lanchas cañoneras reunidas para el sitio de Peschiera. En los repliegues del Mincio aparecía este pueblo, dejado al Austria. A fin de atenuar con una pequeña generosidad una gran decepción, Napoleón regaló á Víctor Manuel las embarcaciones que ya no le servían. El día 14 el soberano entró en Milán, que, definitivamente libre, le dispensó una calorosa acogida: era la única población italiana que había de guardarle una fiel gratitud. Al día siguiente continuó el viaje, y al pasar en ferrocarril, vió de nuevo, como en una visión rápida, el pueblo de Magenta con sus casas desmoronadas, la llanura con sus cosechas devastadas, el Naviglio, las hondonadas del Tesino y, de trecho en trecho, los pequeños *tumulí* que una hierba naciente empezaba á cubrir y que señalaban el sitio de los muertos.

Mientras tanto, en Turín se procuraba evitar toda manifestación antifrancesa. En los escaparates, los retratos de Napoleón III habían sido reemplazados por los de Mazzini y (cosa apenas creíble) por los de Orsini. Los agentes de la policía imperial fueron prevenidos, y de Lombardía se llamaron fuerzas francesas, con el pretexto de realzar el brillo de la escolta (1). El 15, á las cinco, Napoleón, acompañado de Víctor Manuel, llegó á la capital piomontesa. En la estación le esperaba Cavour, dimisionario, pero no substituido todavía. El emperador le estrechó la mano sin hablarle. A través de la población se desplegaron todas las pompas oficiales; pero las aclamaciones se dirigían visiblemente al rey sardo. En el palacio real se celebró un festín que resultó tan frío como solemne. Sin embargo, antes de que el emperador regresara á Francia, muchos procuraban descubrir su pensamiento secreto, si las cláusulas del tratado serían interpretadas al pie de la letra ó podrían ampliarse á voluntad. El Sr. Pepoli, emparentado con la familia imperial, atrevióse á interrogar al monarca: «El voto de las Romañas, mi país, ¿será respetado?—Sí, replicó Napoleón, si no se altera el orden; os prometo que no habrá intervención (2).» El toscano Montanelli habló también con el príncipe y procuró arrancarle alguna declaración acerca de la suerte de su patria. La contestación fué bastante categórica: «No toleraré, declaró el emperador, que la dinastía de Lorena sea restaurada por la fuerza y por los batallones austriacos. Instituí un gobierno provisional: consultad al país por vía de plebiscito, y lo que el plebiscito decida, yo trataré de hacer que prevalezca.» Montanelli insistió: «¿Y qué sucedería si la Toscana se pronunciase por la anexión al Piamonte?—Es imposible,» replicó Napoleón (3). Cavour, despedido, no asistió al banquete. El emperador no ignoraba sus recriminaciones: sin embargo, aquella misma noche lo mandó á llamar, le habló con benevolencia y llevó las explicaciones al extremo de que parecieron excusas. «No quiero que nos

(1) General de Billiencourt, *Feuilles militaires*, págs. 86-87.

(2) Discurso del Sr. Pepoli, 23 de noviembre de 1862 (*Atti del parlamento italiano*, 1862, pág. 3523).

(3) *Lettere e documenti del barone Ricassoli*, tomo III, pág. 158.

separemos reñidos, le dijo. No es exacto que me negase á recibirlos. Pero ¿qué os iba á decir?» Procuró justificar la paz por consideraciones militares. «Para continuar la campaña se hubieran necesitado 300.000 hombres, y yo no los tenía.» Como Cavour expusiese el estado lastimoso de las provincias abandonadas, el monarca repitió varias veces: «Defenderé su causa en el Congreso (4).» Y los dos cómplices de Plombières se separaron para no volverse á ver jamás.

El día siguiente, 16 de julio, era el último que el emperador había de pasar en tierra italiana. A las seis de la mañana, el cortejo se dirigió hacia la estación. Hubiérase dicho que la población había prolongado adrede su sueño, á fin de escapar á un huésped que no podía ya resolverse á aclamar. El esplendor del ceremonial oficial hacía resaltar aún más lo que la simpatía popular se había negado á añadir. Los agentes de policía y algunos transeúntes pagados fueron apresuradamente reunidos á fin de llenar un poco el vacío de los pórticos y disimular con sus asalariados aplausos la tristeza de la partida. En medio de un aparato furtivo y triunfal á la vez, el cortejo marchó rápidamente á través de las anchas vías. El rey, el príncipe Carinián y un numeroso séquito acompañaron al emperador hasta Susa. Allí terminaba el ferrocarril: allí esperaban las berlinas de viaje que iban á subir al puerto del monte Cenis para bajar por la opuesta vertiente hacia San Juan de Mauriana. El emperador besó á Víctor Manuel y al príncipe de Carinián, estrechó cordialmente la mano á los que le rodeaban y subió á su coche. Mientras se alejaba el cortejo imperial, el rey volvió á tomar el tren de Turín. Se dijo que entonces, exhalando un suspiro y como descargado de un gran peso, dejó escapar estas simples palabras: «*Al fin partió!*» Mientras tanto, el emperador empezó á subir las cuestas de Susa, y como la carretera no tardaba en perderse en los repliegues de la montaña, Italia desapareció pronto á los ojos de Napoleón.

XIII

El 17 de julio, el emperador estaba en Saint-Cloud, contento de respirar de nuevo el aire de su país, y tan descontento de sí mismo como de los demás. Habiendo acudido á felicitarle los cuerpos de Estado, el monarca se perdió en un largo discurso que degeneró en confesión pública. Explicó extensamente todas las razones que habían abreviado la lucha: había que atacar á un enemigo atrincherado detrás de grandes fortalezas, empezar la larga y estéril guerra de sitios, desafiar á la Europa en armas y dispuesta á disputar nuestros éxitos ó á agravar nuestros descalabros... «Hice la guerra por la independencia de Italia, añadió el emperador: tan pronto como mi país ha podido hallarse en peligro, he hecho la paz.» El monarca terminó negando con mucha energía que la lucha hubiese sido inútil: el reino sardo se extendía ahora hasta el Mincio; la idea de la nacionalidad italiana era aceptada en todas partes; los soberanos no podrían ya resistir á la corriente de las reformas. Así habló Napoleón, anticipándose á las objeciones. A través de sus palabras era fácil adivinar un doble

(4) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 110.

cansancio, cansancio de la campaña y cansancio, al menos pasajero, de Italia misma. A esas impresiones se añadía un vivo resentimiento contra las potencias neutrales acusadas de malevolencia ó de egoísmo. Recibiendo dos días después al cuerpo diplomático, el emperador no pudo contener sus rencores y los expresó en forma que parecía un exabrupto. «Europa, dijo, fué tan injusta conmigo al principio de la guerra, que me he alegrado de concluir la paz tan pronto como el honor y los intereses de mi país han sido satisfechos.»

Francia, que tan implacable había de ser más tarde para Napoleón III, fué entonces más indulgente con su soberano que éste no lo era consigo mismo. Los cortesanos estaban contentos de la vuelta de su amo; los hombres de negocios recobraron su confianza, al extremo de que en pocos días la renta subió cinco enteros; en las masas reinaba la satisfacción poco bulliciosa, pero profunda, de que la lucha hubiese terminado: en seis semanas habían sido heridos de bala 20.000 franceses, de los cuales habían sucumbido 5.500 (1). ¿Qué interés, aunque fuese el de Italia, valía la continuación de tales sacrificios? El partido católico, antes tan alarmado, se tranquilizó con la conclusión de la paz: creyó que la antigua amistad no había sufrido más que una alteración pasajera y procuraba reconquistar la voluntad del príncipe. Los mismos parlamentarios se guardaban de formular un juicio demasiado riguroso. Indudablemente habían escuchado con cierta ironía las recientes explicaciones del emperador: éste hubiera podido descubrir, antes de empezar la guerra, que había grandes plazas fuertes en el cuadrilátero, que el clima de Italia era muy cálido en el mes de julio, que Alemania se asustaría de nuestras victorias ó trataría de sacar partido de nuestras derrotas. Pero, después de todo, las faltas más cortas eran las mejores, y si los desengaños de la aventura italiana preservaban al emperador de las demás aventuras, la sangre derramada allí no lo habría sido inútilmente. La prensa democrática fué la única que censuró una empresa tan bruscamente detenida y compadecía sobre todo á Venecia dejada en poder de Austria. Mientras su lenguaje fué moderado, se la dejó libre. Pero cuando, alentada por la impunidad, se emancipó demasiado, se le impusieron varios *apercibimientos*. Sin embargo, el tono mismo de las advertencias administrativas pareció menos áspero, menos absoluto que de ordinario, ya porque disminuiese la antigua severidad, ya porque ésta se preparase á cambiar de objetivo.

En esto, la fecha del 15 de agosto dió lugar á una de aquellas ceremonias brillantes que Napoleón III disponía con un arte consumado, como otros tantos intermedios en la vida de su pueblo. La víspera de la fiesta del emperador, los regimientos vueltos de Italia hicieron su entrada en París, en medio de las aclamaciones

(1) Doctor Chenu, *Statistique médico-chirurgicale de la campagne d'Italie*, tomo II, págs. 852 y 853.—En estas cifras no están comprendidas las defunciones por enfermedad, que el doctor Chenu evalúa en 2.040 (tomo II, pág. 853). Esta evaluación parece muy inferior á la verdad y no concuerda con las relaciones, incompletas, remitidas por los regimientos.

más unánimes y espontáneas. Por la noche, el monarca obsequió á todos los jefes militares con un banquete en el Louvre. Al final de la comida, pronunció una corta arenga, habló con modestia de sí mismo y noblemente de su ejército, dió las gracias en sentidos términos, en su nombre y en nombre de Francia, á sus compañeros de guerra, y anunció la institución de una medalla conmemorativa que perpetuaría, para los que habían tomado parte en la campaña, los recuerdos de Magenta y Solferino.

En aquellos días de regocijo, Napoleón se acordó de los ciudadanos que las insurrecciones de 1848 y 1849 y los sucesos del golpe de Estado habían conducido á la prisión ó al destierro y que aún no habían sido indultados. Estos eran en número de unos 1.800 (2). El emperador victorioso quiso borrar los últimos vestigios de las luchas civiles. El 15 de agosto, un decreto amnistió á todas las víctimas de la política. Los proscritos volvieron de Bélgica, de Suiza y de Inglaterra, pero no todos: algunos se quedaron en el destierro, diciendo que «no querían volver á su patria esclavizada.» El público leyó sus cartas, pero con indiferencia: ya no se acordaba de los hombres de 1848 y hasta más tarde no había de sacarlos de su largo descrédito.

Lo que el país notó con más cuidado fueron los indicios que, en los días siguientes, parecieron señalar una política de paz duradera. El *Monitor* anunció una próxima é importante reducción de los efectivos militares. Los periódicos oficiosos hicieron observar que el último empréstito de 500 millones no se había empleado enteramente, y anunciaron que todos los gastos futuros serían calculados con una rigurosa economía. Inauguráronse las sesiones de los Consejos generales y todos los presidentes recomendaron en sus discursos igual sensatez. De todas aquellas arengas, la que más llamó la atención fué la de Morny, quien reprobó los proyectos arriesgados y ensalzó con estudiada insistencia las fecundas empresas de la agricultura y de la industria. *El Imperio es la paz*, había dicho años atrás el discurso de Burdeos. Después de los holocaustos de Crimea y de Italia, la famosa divisa ziba á ser al fin una realidad?

La ilusión no había de durar mucho. Los soñadores tienen días de desaliento sincero, pero no se cansan de soñar: á lo sumo transforman sus sueños. Desconcertado por cuestiones militares y políticas muy superiores á su actividad, reducido por lasitud al sentimiento de lo real y de lo posible, contento de encontrar después de tantas fatigas el reposo en medio de los suyos, el emperador pronto había de dar otra vez rienda suelta á sus pensamientos. Sus sueños iban á asediarse cada vez más, y sus especulaciones, que se creían profundas, iban á evocar toda clase de problemas nuevos ó á complicar voluntariamente los que no podían evitarse. ¡Como si hicieran falta entonces nuevos problemas! La *cuestión italiana* subsistía, más bien complicada que resuelta por la guerra y llena de las incertidumbres que nacían de la paz. Hemos dejado á Italia y tenemos que volver á ella.

(2) Véase el *Constitutionnel*, 25 de agosto de 1859.